

"COBRE" CUENTOS MINEROS, POR GONZALO DRAGO

La dedicatoria del libro declara con toda franqueza sus propósitos:

"A mis ex camaradas de la Braden Cooper Co. y a los expulsados arbitrariamente por la tiranía yanqui o por la soberbia incontrolada de algunos jefes criollos".

No se trata, pues, de una obra de arte puro sino, además, de un libro vindicador, de una denuncia contra los abusos que algunos poderosos cometen con los indefensos caído bajo su órbita.

La intención tiene en la historia literaria demasiados precedentes para que sea permitido discutirla.

Todo cabe, por virtud del talento, en el reino de la belleza y habría que ignorar, entre los casos inmortales, el ejemplo de la Divina Comedia y, entre los próximos a nosotros, el de Sub-Terra y Sub-Sole, para negar a Gonzalo Drago el perfecto derecho que le asiste de elegir ese tema y combinar sus anhelos de artista con sus sentimientos o resentimientos personales.

Debemos, por el contrario, celebrar que el escritor, al revés de la costumbre, hable de lo que sabe y pinte lo que ha visto.

Pero la cuestión no está ahí. Desde el punto de vista artístico, la cuestión, la verdadera cuestión, no está nunca ahí, donde suele, equivocadamente, colocarse el fondo, lo que llaman fondo.

Claro que, desde otro punto y variando la perspectiva, llevándola a la práctica humana, a la sociología, a la política o a la industria, el fondo consistirá en la suma de verdades que el autor haya expresado y en el vigor y fundamento real de sus afirmaciones positivas. Y que para ver en tal aspecto los relatos de "Cobre" necesitaríamos,

ante todo, averiguar si efectivamente suceden las cosas que allí se relatan, si sus escenas y sus dramas corresponden a la realidad de los hechos, si su interpretación ha sido fidedigna y ecuánime y si no hay, por otro lado, razones suficientes para explicarlos o justificarlos, restableciendo entre "explotadores y explotados" el equilibrio de la balanza.

Pero es claro también que nadie va a pedirnos semejante juicio.

Nuestra ubicación es otra y el fondo que buscamos no debe esperarse que surja de ese lado.

Nosotros — a cada cual lo suyo — recibimos este libro de "cuentos mineros" como un libro de cuentos mineros y únicamente nos corresponde averiguar si, formulada la tesis y propuesto el asunto, ha logrado el artista desarrollarlos del modo más eficaz.

Hé ahí, a nuestro juicio, el verdadero fondo en una obra de arte. Hombre por esencia poseído de una emoción determinada, quiere el artista comunicarla por determinados medios y poner a los demás en su mismo estado de ánimo, en lo cual reside su poder y su nobleza; pero — y esto es lo importante — no quiere comunicarla solamente hoy, para tales y cuales lectores de un cierto círculo, sino para siempre y para todos, y no con el brillo fugaz del panfleto episódico que se enciende y se apaga, un instante, en un rincón, sino con la permanente luz y con el fuego del alma capaces de vibrar a través del tiempo, en este sitio y en cualquier otro donde una sensibilidad pareja aliente.

Lo demás es rebajar la categoría del arte y someterla al periódico de propaganda, no des-

deñable en sí, pero que gira en otra esfera.

En una verdadera obra de arte el fondo, el verdadero fondo, no arranca del objeto, sino del sujeto; no queda fuera, sino dentro del individuo, y nunca podrá entenderse ni formularse un juicio estético si acaso se entremezclan y confunden las distintas intenciones, todas legítimas en su terreno, pero desiguales.

Creemos útil insistir en estas diferencias.

Tanto Gonzalo Drago como la mayoría de los autores chilenos, en la actualidad creen realizar obra de arte meritoria con la simple exposición de protestas de carácter social humanitario y su actitud encuentra fácilmente elogios ditirámicos de quienes sólo desean utilizarlos para sus fines particulares y no vacilan en torcer, falsear o zaherir maliciosamente a quienes distinguen lo que debe distinguirse en una creación de orden artístico.

No vamos, pues, a pronunciarlos en pro ni en contra de los asuntos que la citada dedicatoria envuelve.

¿Hay tiranía yanqui en "El Teniente"? ¿Existen allí explotados, o sea, trabajadores sometidos por la fuerza, por cualquiera fuerza, a un régimen inicuo? ¿Se les impone un esfuerzo demasiado duro? ¿Se les pagan jornales insuficientes? ¿No cumple el poderoso mineral las leyes sociales ni los reglamentos sanitarios? Dadas las condiciones generales del trabajo en Chile y en el mundo, ¿sufren más que otros los obreros y empleados de la Braden Copper Co.? ¿Son, realmente, víctimas dignas de compasión y de que la opinión se conmueva para mejorar su suerte?

Tales son las preguntas que deberíamos responder si acaso aboráramos el problema práctico.

Lo dejaremos a los técnicos: los hay hasta oficiales.

Los "cuentos mineros" de "Cobre", por Gonzalo Drago, nos plantean otra cuestión. Desde luego ésta: si pueden considerarse cuentos.

Tiene cierta importancia, aunque no mucha. Reprochábanle en cierta ocasión los críticos a don Miguel de Unamuno el que sus novelas no tuvieran carácter de novelas. El maestro repuso:

—¿Qué no son novelas? Serán entonces novelas...

Y libro suyo existe por ahí subtítulo, desvergonzadamente, "nivola".

Algo semejante podría alegar nuestro escritor si le dijéramos que sus cuentos no responden a la definición del cuento. Serán entonces historias o fragmentos de historias, cuadros, escenas, tipos, relatos y narraciones patéticas, trozos de vida, etc. No faltarían denominaciones.

Y así la cuestión queda zanjada.

Pero si ella carece de interés en tal sentido, lo tiene y muy grande la razón por la cual estos cuentos rehúsan el calificativo que su autor les asigna. Y es que su efecto, su carga emocional y su eficacia, en vez de crecer, disminuyen paulatinamente desde el principio y desaparecen al llegar a la última línea. Ahí donde los cuentos verdaderamente tales, los cuentos logrados con plenitud, lanzan su estallido y dejan la herida o el deslumbramiento, éstos de Gonzalo Drago caen y decaen sin dejar otra cosa que la sensación de un intento. El lector, por instinto, da vueltas la página postrera creyendo que todavía siguen.

Error técnico o timidez que ofrecen a menudo los libros iniciales. Engañados por el espacio o cobibidos por circunstancias materiales — publicación en un periódico, exigencias de revistas — creen los autores principiantes que es más fácil escribir un cuento que componer una novela o que un tema

dado puede tratarse indiferentemente en una u otra forma.

Pero no es así.

Y no vacilamos en afirmar que, guardadas las proporciones, hay muchas más novelas dignas de interés que libros de cuentos aceptables.

"Cobre", por ejemplo, habría ganado infinitamente si no estuviera su acción desmenuzada en incidentes que, a menudo, parecen simples accidentes. Un obrero trabaja mucho, come poco, enferma y muere. Otro obrero irrita a otros obreros que lo echan por un pique, y muere. Otro obrero... El desfile es largo y las víctimas son numerosas; pero cada una en particular no alcanza a interesarnos ni su personalidad se dibuja lo suficiente para que la recordemos. Pasan, fragmentadas, incompletas, dejando el sabor sin sabor de lo que no ha cuajado.

Hállase la contra-prueba de este aserto en los dos relatos finales, que son más extensos: "Cobre" y "Explotados". Son buenos.

Y serían mejores todavía si al segundo siguiera el primero, si entreambos, continuados, se enlazaran, reforzándose.

Así y todo, hay en ellos un amago de ambiente, de atmósfera que causa impresión duradera.

Son una serie de tipos fracasados, pobres oficinistas sin talento ni vigor de carácter, incapaces de la menor iniciativa, que no tienen horizonte fuera del trabajo rutinario y el recelo mezquino ante el jefe abusador.

En Huysmans y Maupassant, representantes de la escuela

naturalista francesa, hállanse muchos ejemplares parecidos y la fauna, por lo demás, se extiende a todas las literaturas, incluso la chilena cuando aquí, a principios del siglo, dominaba la corriente que Zola produjo, y que reforzó la influencia rusa. Son los eternos "humillados y ofendidos", rebeldes que no alcanzan sino hasta la palabra o el gesto.

Gonzalo Drago los pinta bien.

No por virtud de un penetrante análisis psicológico. Sus dotes observadoras, sin ser escasas, pasan rara vez las apariencias superficiales y casi nunca llegan a ese punto ni dan el toque ligero, luminoso, que hace detenerse la atención y la fijan indeleblemente, como a un conjuro. Su eficacia proviene, más bien, de un aire de sinceridad y una sencillez que se imponen. Se siente que él ha visto y ha vivido aquello, que no está inventando por inventar y sus golpes dan en tierra sólida. Son sin duda memorias personales y, a pesar del dibujo borroso, del colorido no siempre exacto, un vaho de emoción surge de adentro y va adueñándose lentamente de nosotros.

No se sienten deseos de suspender la lectura.

Por el contrario, el interés y la creciente consistencia que, al prolongarse, adquieren los personajes, nos ha inspirado el reproche de que, en vez de una serie de trozos, no se resolviera el autor a componer con estos tipos una novela hecha y derecha, un relato coherente que nos hubiera permitido compartir sus emociones, sus luchas, sus caídas, sus largos sufrimientos y sentir su muerte como la de seres desconocidos.

Y nos parece también que la obra habría ganado si, en vez de tomar posiciones desde la dedicatoria, dando a su libro aire de desafío, se hubiera el autor ausentado un poco, no hubiera intervenido personal y directamente en la narración de los hechos.